

Mirabeau decía: «Cuanto Robespierre ha dicho es verdad. Robespierre lo cree.»

Esta credulidad de sí mismo obligábale á dar cuerpo á cuantas sombras atravesaban su espíritu y por lo mismo Robespierre pudo defenderlo todo sin ser hipócrita, por propio convencimiento. Robespierre creía todo lo que decía él mismo.

Este mal es muy contagioso. Es un mal de carácter jacobino y precisamente el que esterilizó tan poderosa sociedad, dando á su espíritu fuerza negativa, impropia para la acción. El 10 de Agosto esta fuerza no trabaja para la fundación de la República. Toda esta fuerza no sirve más que para *denunciar*, para *acusar*. ¡Siempre acusar! Nada más triste. En el 92 Marat y la Gironda perecen por el *ausentismo* de París.

Una sección compuesta de 4.000 ciudadanos no logra ver reunidos más que 25.

Las elecciones, antes motivo de colosales manifestaciones, aun las más importantes no logran atraer 5.000 electores sobre un censo de seiscientas mil almas. Y si en el 93 no se hubiera asignado sueldos á los comités y las secciones, es seguro que estos hubiesen estado desiertos completamente. Y á pesar de esto es curioso leer en algunos libros robespierristas: «En París se inició un gran movimiento. París hacía esto y lo otro.» Y París no hacía nada. Estaba muy quieto.

El comité de insurrección constituido contra la Gironda fué muy débil, precisamente porque se prescindió del jacobinismo.

Robespierre también era partidario de un comité insurreccional, pero de insurrección *moral*, digámoslo así. Creía que con solo la presión del terror la Convención votaría contra sí misma.

Procedió ligeramente al rodearla de bayonetas cuando todo París estaba á su lado. A la Montaña mismo le produjo irritación y disgusto. Couthon con sus afirmaciones imprudentes: «Ahora que os tenemos seguros discutiremos si tenemos ó no razón», alejó de Robespierre muchas simpatías. Este es el principio de la mixtificación jacobina, que se realiza gradualmente, repitiendo sin embargo la palabra *Libertad*. Y si se quiere juzgar esta libertad léase el *Montieur*, que el día 18 decía del nuevo señor que se había excusado de imprimir los discursos de los girondinos, pero que en cambio los había mutilado.

Robespierre eludía toda apariencia de poder, yendo además de muy tarde en tarde al Comité de la Salud pública. Pero asentó con fuerza poderosa su influencia, asegurándose las simpatías de los curas, de los propietarios y de los Jacobinos. A los curas les convencían las palabras escritas al frente de su Constitución: *Ser Supremo*. A los propietarios pudo aterrorizarlos diciéndoles que solo ellos pagarían los impuestos eximiendo á los pobres y no lo hizo, y entonces pudo pronunciar algunas palabras que revelaban su profunda sagacidad: «no quiero privar á los pobres del honor de contribuir.»

¿Cómo, pues, Robespierre, dando gusto á la derecha obtenía los

triumfos ruidosísimos de la izquierda? Esta duplicidad tuvo para él un hecho vergonzoso, el de apoyarlo Hebert, en el populachero *Pere Duchesne*, un periódico de no muy limpia ejecutoria. Finalmente la victoria de Wattignies salvó á la Francia, prescindiendo del jacobinismo y del girondismo.

Ni Robespierre ni la Gironda comprendieron á París, que era como



El ejército amaba á Dumouriez... (Pág. 654)

un crisol de química social, donde se fundía todo, los hombres y las ideas, tendiendo á su transformación. ¿Robespierre no vivía el ambiente de París? No. No conocía más que una calle. De los Jacobinos á la Asamblea. El centro de París, activo é ingenioso, conocido en todo el mundo, le era desconocido y más ignoradas aun las masas del arrabal de San Antonio. Jamás se mostró á la muchedumbre.

Jamás ha habido un pueblo más apasionado que el verdadero París. Si en Londres se hubiera sufrido la décima parte que en París in-

dudablemente se hubiera entregado la capital al pillaje más vergonzoso, al incendio. París tomó la Bastilla. Hizo el 10 de Agosto. Lo ocurrido el 5 de Septiembre, un anciano tuvo la suerte de encontrar la expresión gráfica: «Algunos miles de obreros forzaron á la Comuna para que esta pidiera pan á la Convención. Tenían hambre.» La insolencia de los realistas, quienes esta vez creyeron de nuevo en la victoria de su causa, hizo que se dictaran leyes de terror.

Este pobre pueblo cuando ocurrió la victoria de Wattignies estalló de alegría.

Creó que todo había terminado. El efecto que aquel triunfo produjo fué excelente. Se redujo el precio del pan. La cosecha fué abundante.

El día 20 se reciben dos noticias á la par. Por una parte son rechazados 120.000 austriacos. Por otra la Vendée se lanza á la desesperación de su impotencia. Sale del Loira, pero fuera de los bosques donde la palabra del cura no hace milagros. Los sacerdotes que instigaron á la guerra civil son anatematizados por las capitales. Estos charlatanes son arrojados ignominiosamente. Su vida es ya un continuo vituperio. La Vendée les castiga en las estatuas de piedra de sus santos y en Nuestra Señora de París.

Chaumette, que en el fondo era un buen hombre, tuvo suerte de que solo las piedras se dirigieran contra los santos. No hubo realmente ninguna sublevación seria contra los curas. El mismo, el apóstol de París, Chaumette y con él Cloutz, dos curas revolucionarios, condujeron á la Asamblea al obispo de París y á los sacerdotes del viejo culto. El obispo fraterniza con un pastor protestante. Esto fué un edificante acto de sagacidad y de tolerancia.

En los departamentos algunos representantes sufrían algo así como una visión. En los campos destruíanse las imágenes de los santos. La transformación había sido rápida. Diariamente llegaban á la Convención las ricas vestiduras de las imágenes.

Las estolas y casullas del cardenal Collier y del santo cardenal Dubois no estaban rodeadas ya del respeto y la veneración de otras épocas. Ya no eran reliquias. Esto pertenecía ya á la infancia del pueblo.

«París, decía Cloutz, es la verdadera Roma, el vaticano de la Razón.» La Razón ha sido durante mucho tiempo el *ánima forte* del cerebro de Francia y la Razón predicábala la Comuna y la enseñaba el mismo Chaumette. Los autores del calendario republicano, los matemáticos que tomaban asiento en la Convención, Romme, entre otros, estoico, futuro mártir levantaron el altar al Dios-Razón.

El punto gravísimo predicado por la nueva doctrina y abordado frecuentemente por Chaumette, es la depuración de las costumbres. Entre tantas miserias como existían, aparece un nuevo bellísimo horizonte.

En nombre de la Razón y de la Patria se excita al joven para que

temple su alma y permanezca puro y vigoroso para salvar á la patria, para la energía cívica.

La Asamblea y la Comuna se sumaron en el nuevo culto. La Asamblea en masa dirigió á la Razón con su inocente cortejo de niños candorosos que la acompañan. El día 16 ocurre un grave suceso en la Convención. La proposición de Cambon motiva que se tome el acuerdo de declarar á las iglesias refugio de los indigentes y propiedad de la Comuna.

¿Y qué otro destino más piadoso, más humanitario se puede dar á los templos? ¿Para qué se querían tantos establecimientos religiosos habiendo tantos mendigos, tanta gente sin hogar? Este decreto destruía la fe en el viejo culto.

Pero lo que causó asombro fué lo dicho por Robespierre el 21 de Noviembre respecto á tal medida y á que la Convención no había tratado de tocar en lo más mínimo la religión católica.

Los Jacobinos anduvieron desorientados. Creyeron que su jefe estaba de acuerdo entonces con la Montaña y lo vieron con los de la derecha. Creyéndole entre los radicales, nombraron presidente á Anacarsi Cloutz.

Era difícil sostener la tesis de una religión que no servía más que para sacrificar á las demás. ¿Cómo se iba á llamar tolerante á la Iglesia que arrojaba sobre Francia á la Vendée y á los ingleses? Robespierre sostuvo la extraña tesis de que la Vendée no era cuestión de los curas, á pesar de que entre sus generales había dos sacerdotes, detalle este que hubiera llamado á sospecha al más cándido. Dijo que la Vendée era cuestión de los realistas, cosa política.

La Asamblea sufrió este solemne mentís y Robespierre consiguió que se abrieran las iglesias que poco antes habían cerrado un decreto arrojándonos á las tinieblas de lo pasado.

¿Qué hacen los Jacobinos? Naturalmente, convencidos de su equivocación, destituyen y arrojan de su sociedad al presidente Anacarsi Cloutz, que estaba muy lejos de pensar como ellos y cuyo nombramiento fué una solemne equivocación. Este hecho demuestra hasta qué punto los Jacobinos eran los instrumentos ciegos de Robespierre. Siempre le habían pertenecido; pero entonces se tenía aun más ciega fe en él. El decreto del día 18 creaba la superioridad política de los Jacobinos: esto era motivo más que suficiente para que se idolatrara á Robespierre.

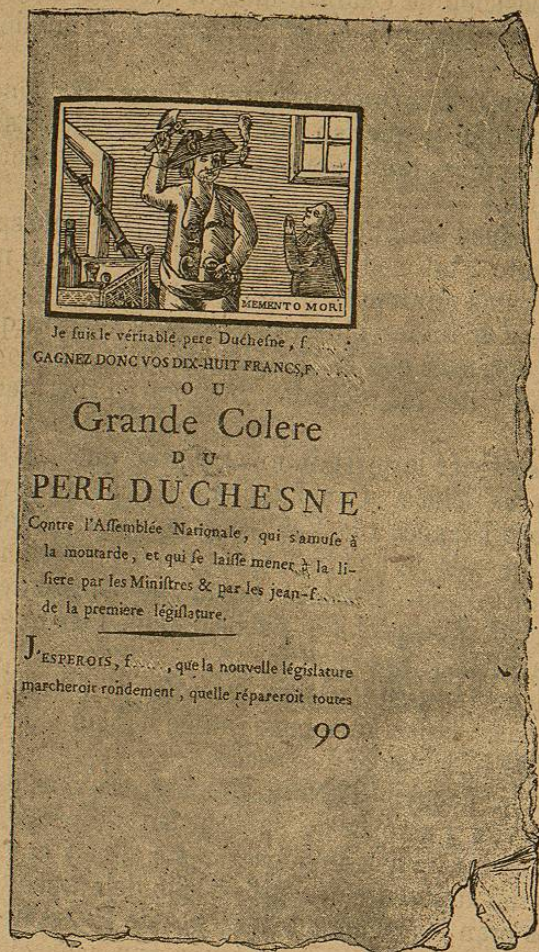
Cuando fué presentado este decreto una parte de la Montaña estaba ausente desempeñando misiones, aunque la derecha y el centro estaban casi completos. Muchos de la derecha creían vivir merced al favor de Robespierre. El centro detestaba á la Montaña, le tenía celos.

El decreto se reducía á dos artículos.

1.º Los representantes de la Asamblea enviados á desempeñar misiones dejan de corresponder á esta Asamblea. (Hay que tener en cuenta que todos los empleados eran montañeses).

2.º Las municipalidades y sus comités revolucionarios que cumplan la requisición (en hombres, dinero ó géneros) obedecerán solo al distrito ó al comité de seguridad general.

Este simple tirano hizo en Francia 44.000 tiranos. A disposición



PERE DUCHESNE (Pág. 677)

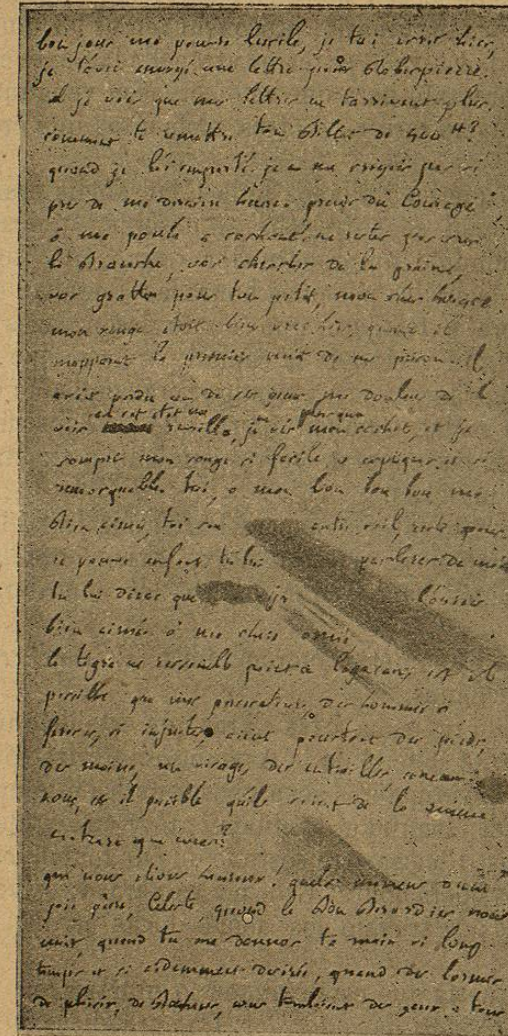
de estos comités, sin vigilancia alguna, estuvieron las vidas y haciendas.

*No vigila ya el distrito.* Un agente recibe la orden para verificar la recluta y conducirla á la frontera, sin ocuparse en la forma en que pueda realizarse.

*No vigila ya el comité de Seguridad general.* ¿Cuál era la representación y los deberes de este comité? Luis Blanc se empeña en oscurecerlo. Formaban el comité Robespierre y dos individuos más, David y

Lebas; los demás eran gentes sin voluntad, siervos del miedo. Estaban á cien leguas de pedir cuentas á los comités jacobinos.

El original proyecto de requisición, tal como lo había concebido



Reproducción de un fragmento de la última carta escrita por Camilo Desmoulin á su esposa Lucila.

Cambon, obligaba á que los distritos se sujetaran al centro, á la Asamblea, que por sus comisarios los vigilaba. Pero el proyecto votado en 18 de Noviembre imponiendo una falsa unidad emancipó de la Asamblea estos 44.000 comités jacobinos. Se creó una monarquía, un imperio absoluto de los jacobinos, el imperio del terror.

Los historiadores robespierristas que alardean tanto de su amor á la

unidad se muestran en esto verdaderos federalistas, admiten la división. Pero los grandes hombres de hacienda dicen que esta máquina tenía un complicadísimo engranaje, mil variados resortes, tan delicados que apenas si se les podía tocar. A la operación de la requisición se mezclaba otra, la del terrorismo local y personal entre vecinos, concurrentes, amigos ó enemigos. Un sanguinario, procónsul (en el 93, hubo dos ó tres) aterrorizó la capital. Entraba el terror atropelladamente como una inundación. Se daba pretexto para que se efectuasen venganzas personales aprovechando el mismo terror y otros elementos que creó la situación política.

Puede decirse que los italianos de la Edad Media eran más prudentes. Si una población se entregaba al desorden únicamente lograba tranquilizarse enviándole un gobernador tirano, un juez armado. La misma capital, es decir, las personas honradas llegaban casi hasta exigir que el juez fuera extranjero, que no tuviesen lazos de parentesco ni amistad con ningún vecino de la capital, es decir que no tuviera que guardar á nadie consideraciones y castigara al culpable cualquiera que fuera su condición social. Cambon quería que para justificar los gastos, hicieran los comités las cuentas correspondientes, exactas, con el propósito de hacerlas públicas.

Chaumette solicitó (al menos para París) que las 48 secciones que acusaban, denunciaban y arrestaban explicasen ante la Comuna los orígenes de estos actos para evitar que se les supusiera inspirado en odios personales.

Ni Cambon ni Chaumette fueron oídos. Robespierre no osó descontentar á sus jacobinos.

El buen sentido indicaba á las claras que esta máquina no tardaría en estallar. El comité solicitó de la Asamblea autorización para separar en las cárceles á los verdaderos sospechosos de los que no lo eran, para disminuir en primer término el hacinamiento y en segundo lugar ir vaciando los presidios. Robespierre sostuvo que no tenían los comités tiempo hábil para estas operaciones. Esto no es verdad; salvo dos ó tres individuos abrumados de trabajo los demás hasta perdían el tiempo vanamente.

Robespierre quería que este examen lo practicaran los comisarios, *los cuales permanecerían desconocidos*. Comprendíase su intención. Estos desconocidos hubieran sido hombres nombrados por él. Se apoderaría Robespierre de la llave de las prisiones. La Convención retrocedió. No se hizo nada y el mal aumentó.

El remedio, decía Robespierre, era acelerar los juicios. Esta proposición hízola Robespierre muchas veces, pero tales masas de acusados se arrojaba á las cárceles que los más rápidos tribunales no podían terminar nunca sus juicios.

Se comprende por esto lo que es el terror, especie de fenómeno moral que enerva, abruma, espanta.

Para que el terror se ejerciera y produjese sus terribles efectos era necesario castigar á grandes culpables. No respetar la categoría del delincuente en primer término. Solo condenando á acusados de elevada posición, correría más el terror, porque precisamente sus decisiones revelarían temible ejemplaridad.

La guillotina parecía haberse envilecido. No ejecutaba á los grandes criminales, á los reyes, si no que bajo su filo perecían gentes al azar.

David mismo, el hombre más útil de Robespierre, dijo una vez: «¿Y en la Montaña llegaremos á quedar veinte?» Parece que Robespierre por desconfianza acabará por guillotinarsé á sí mismo.

¡Más aún! Robespierre llegó hasta creer que Billaud-Varenes, el fantasma del Terror, el primer partidario, traicionaba la causa. Billaud y Robespierre se miraron. Billaud lo comprendió, y para aplacar su hambre le arrojó á Danton, regia-comida de difícil digestión que fué mortal para Robespierre.

La situación de Carnot, Lindet, Prieur, Lavicomterie, etc., en los comités era horrible.

Estaban entre la vida y la muerte. Especialmente Lavicomterie había de estar cerca de Robespierre, y mayores eran sus sufrimientos cuanto más próximo estaba á quien tenía entre sus manos la vida.

Carnot, Lindet, hombres tan necesarios, respetados por la victoria, tenían que firmar los sangrientos informes que diariamente enviaban Couthon y Saint-Just. Robespierre frecuentemente no firmaba ningún documento. Resulta casi injurioso también para aquellos decir que firmaron muchas veces sin leer el documento que tenían entre sus manos. Digamos las cosas como eran. Si estos se hubieran retirado, la Francia hubiese quedado entregada á un peligro. Sin su mortal trabajo y su sagaz dirección no hubiera servido tan terrible sacrificio. Aun podemos añadir algo más. Estaban ligados ellos á este trabajo por indicaciones del corazón, por amor á Francia. Cada uno salvaba á quién podía. Osse- lin y Bazire perecieron por salvar á algunas mujeres asustadas que se acercaron á ellos. Carnot hacía lo que podía. Salvó al grupo de oficiales ingenieros que honró este cuerpo, grupo de hombres útiles á la República, colocándolos en su casa como dependientes suyos. Lindet no estaba menos expuesto que Carnot.

Es necesario leer (especialmente en los libros de Boivin) la fría audacia, la perseverancia, la santa hipocresía por medio de la cual pudo sofocar el incendio del Oeste, calmar, asegurar y salvar la Normandía. Esta compleja cuestión descansaba sobre un punto, en un pequeño municipio.

La guillotina iba á levantarse. Lindet sacó partido de la fama de hombre feroz que le crearon los girondinos, prendió á la justicia y obligó á Fouquet-Tionville á que compareciera ante él acusándole de proceder antes que el mismo Lindet hubiera practicado su informe general